

camino de la prisión. ¡Al monte, Ors' Anton'!

—¡Adiós, pues, todas mis esperanzas! exclamó dolorosamente el herido.

—¿Vuestras esperanzas? ¡Diantre! ¿esperabais hacer más con un fusil de dos tiros?... ¡Ah! ¿cómo diablo os han tocado? Es preciso que esos buenos mozos tuvieran la vida más dura que los gatos.

—Ellos tiraron primero, dijo Orso.

—Es verdad, olvidaba... ¡Pif! ¡pif! ¡bum! ¡bum!... ¡doble golpe con una mano!... ¡Si hay quien lo haga mejor, me dejo colgar! Vamos, ya estáis montado... Antes de partir, fijaos un poco en vuestra obra. No está bien abandonar así la compañía sin decirle adiós.

Orso espoleó á su caballo; por nada del mundo hubiese querido ver á los desgraciados á quienes acababa de dar la muerte.

—Mirad, Ors' Anton', dijo el bandido apoderándose de la brida del caballo, ¿queréis que os hable con franqueza? Pues bien, sin ofenderos, esos dos pobres jóvenes me causan pena. Os ruego me perdonéis... ¡Tan hermosos... tan fuertes... tan jóvenes!... Orlanduccio, con el que tantas veces he cazado... Me dió, hace cuatro días, un paquete de cigarros... ¡Vincentello, que estaba siempre de tan buen humor!... Es verdad que habéis hecho lo que debíais hacer... y además, el golpe ha sido muy bueno para que se sienta... Pero yo, no creía en vuestra venganza... Sé que tenéis razón; cuando se tiene un enemigo, hay que deshacerse de él. Pero los Barricini, era una antigua familia...

Haciendo así la oración fúnebre de los Barricini, Brandolaccio conducía con presteza á Orso, Chilina y el perro Brusco hacia el monte de la Stazzona.



XVIII

Entretanto, Colomba, poco después de la salida de Orso, supo por sus espías que los Barricini estaban en el campo, y, desde aquel momento, fué presa de una viva inquietud. Se la veía recorrer la casa en todos sentidos, yendo de la cocina á las habitaciones preparadas para sus huéspedes, no haciendo nada y siempre ocupada, deteniéndose sin cesar para ver si distinguía en el pueblo algún movimiento inusitado. Hacia las once, una cabalgata bastante numerosa entró en Pietranera; eran el coronel, su hija, sus criados y el guía. Al recibirlas, la primera palabra de Colomba, fué: «¿Habéis visto á mi hermano?» Después preguntó al guía qué camino habían tomado y á qué hora habían salido; y, por sus respuestas, no podía comprender cómo no se habían encontrado.

—Quizás vuestro hermano tomara por lo alto, dijo el guía; nosotros hemos venido por abajo.

Pero Colomba movía la cabeza y renovaba sus preguntas. A pesar de su natural firmeza, aumentada aún por el orgullo de ocultar toda debilidad á los extranjeros, le era imposible disimular sus inquietudes, y muy pronto hizo que las compartieran el coronel, y sobre todo miss Lydia, cuando los puso al corriente de la tentativa de

UNIVERSIDAD DE BARRAHONA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE BARRAHONA"
Apto. 1625 MONTECASSINO

reconciliación que había tenido tan desgraciado resultado.

Miss Nevil se agitaba, quería que se enviasen mensajeros en todas direcciones, y su padre ofrecía montar á caballo é ir con el guía en busca de Orso. Los temores de sus huéspedes recordaron á Colomba sus deberes de ama de casa. Se esforzó por sonreír, instó al coronel para que se pusiera á la mesa, y halló para explicar la tardanza de su hermano veinte motivos plausibles que al cabo de un instante ella misma destruía. Creyendo que su deber de hombre era procurar tranquilizar á las mujeres, el coronel dió esta explicación:

—Apuesto, dijo, á que della Rebbia habrá encontrado caza; no ha podido resistir la tentación, y vamos á verlo venir con el morral lleno. ¡Voto á...! agregó, nosotros hemos oído por el camino cuatro tiros. Dos eran más fuertes que los otros, y dije á mi hija: Apuesto á que es della Rebbia que caza. Sólo mi fusil puede hacer tanto ruido.

Colomba palideció, y Lydia, que la observaba con atención, adivinó fácilmente las sospechas que la conjetura del coronel acababa de sugerirle. Después de un silencio de algunos minutos, preguntó vivamente Colomba si las dos fuertes detonaciones habían precedido ó seguido á las otras. Pero ni el coronel, ni su hija, ni el guía, habían prestado atención á este punto capital.

A eso de la una, no habiendo regresado ninguno de los mensajeros enviados por Colomba, reunió todo su valor y obligó á sus huéspedes á sentarse á la mesa; pero, salvo el coronel, nadie pudo comer. Al menor ruido que se sentía en la plaza, corría Colomba á la ventana, volviendo á sentarse más tristemente, y más tristemente aún, se esforzaba en continuar con sus amigos una conversación insignificante á la cual nadie pres-

taba la menor atención, y que era interrumpida por largos intervalos de silencio.

De repente se oyó el galope de un caballo.

—¡ Ah! esta vez es mi hermano, dijo Colomba levantándose.

Pero á la vista de Chilina montada á horcajadas en el caballo de Orso:

—¡ Mi hermano está muerto! gritó con desgarradora voz.

El coronel dejó caer su vaso, miss Nevil dió un grito, y todos corrieron á la puerta de la casa. Antes que Chilina pudiese saltar de su montura, fué levantada como una pluma por Colomba que la apretaba hasta ahogarla. La niña comprendió su terrible mirada, y su primera palabra fué la del coro de Othello: «¡ Vive!» Colomba cesó de apretarla, y Chilina cayó á tierra con la misma destreza que una gatita.

—¿ Y los otros? preguntó Colomba con voz ronca.

Chilina hizo el signo de la cruz con el índice y el dedo de enmedio. En seguida un vivo rubor reemplazó en el rostro de Colomba á la mortal palidez que lo cubría. Dirigió una ardiente mirada á la casa de los Barricini, y dijo sonriente á sus huéspedes:

—Entremos á tomar el café.

El iris de los bandidos tenía mucho que contar. Su relación, traducida por Colomba en italiano, y después en inglés por miss Nevil, arrancó más de una imprecación al coronel, y más de un suspiro á miss Lydia; pero Colomba escuchaba con aire impasible; únicamente torcía su servilleta adamascada, hasta romperla. Interrumpió á la niña cinco ó seis veces para hacerse repetir que Brandolaccio decía que la herida no era peligrosa y que había visto á muchos curarse. Al terminar, Chilina refirió que Orso pedía con insistencia

papel para escribir, y que encargaba á su hermana suplicase á una dama, que quizás se encontraría en su casa, no partiese sin haber recibido una carta suya.

—Esto es lo que más le atormentaba, agregó la niña; y yo venía ya de camino cuando me llamó de nuevo para recomendarme esta comisión. Por tres veces me la repitió. Al oír esta orden expresa de su hermano, Colomba sonrió ligeramente y estrechó fuertemente la mano de la inglesa, que se deshizo en lágrimas y no juzgó á propósito traducir á su padre esta parte de la narración.

—Sí, os quedaréis conmigo, mi querida amiga, exclamó Colomba abrazando á miss Nevil, y nos ayudaréis.

Después, sacando de un armario alguna ropa blanca ya usada, se puso á cortarla para hacer vendas é hilas. Viendo sus ojos brillantes, su rostro animado, y esta alternativa de preocupación y de sangre fría, hubiera sido difícil decir si estaba más conmovida por la herida de su hermano, que encantada de la muerte de sus enemigos. Tan pronto vertía café al coronel y le alababa su talento en prepararlo; tan pronto, distribuyendo trabajo á miss Nevil y á Chilina, las exhortaba á coser las vendas y á enrollarlas; preguntaba por la duodécima vez si la herida de Orso le hacía sufrir mucho. Continuamente se interrumpía en medio de su trabajo para decir al coronel:

—¡Dos hombres tan hábiles! ¡tan terribles!... El sólo, herido, no teniendo más que un brazo... y los ha derribado á los dos. ¡Qué valor, coronel! ¿No es un héroe? ¡Ah! miss Nevil, ¡qué felicidad vivir en un país tranquilo como el vuestro!... ¡Estoy segura que aun no conocíais á mi hermano!... Yo lo había dicho: ¡el gavilán despla-

gará sus alas!... Os engañábais al juzgarlo por su aire tan dulce... Esto sólo sucedía á vuestro lado, miss Nevil... ¡Ah! si os viese trabajar para él... ¡Pobre Orso!

Miss Lydia no trabajaba mucho y no pronunciaba ni una palabra. Su padre preguntaba por qué no se apresuraban á querellarse ante un magistrado. Hablaba de la sumaria del coroner y de otras muchas cosas igualmente desconocidas en Córcega. Por último quería saber si la casa de campo del buen señor Brandolaccio, que había socorrido al herido, estaba muy lejos de Pietranera, y si él mismo podría ir á ver á su amigo.

Y Colomba respondía con su calma habitual que Orso estaba en el monte; que tenía un bandido para cuidarlo; que corría gran peligro si se dejaba ver antes que se estuviese seguro de las disposiciones del prefecto y de los jueces; en fin, que ella haría de modo que un hábil cirujano se trasladase en secreto á su lado.

—Sobre todo, señor coronel, acordaos bien, decía, que habéis oído los cuatro tiros, y que me habéis dicho que Orso había tirado los dos últimos.

El coronel no comprendía nada del asunto, y su hija no hacía más que suspirar y enjugarse las lágrimas.

El día estaba ya muy avanzado, cuando una triste procesión entró en el pueblo. Se traía al abogado Barricini, los cadáveres de sus hijos, cada uno atravesado sobre una mula que conducía un labrador. Una multitud de clientes y de vagos seguía el lúgubre cortejo. Formando parte de él iban los gendarmes, que siempre llegan muy tarde, y el sustituto del alcalde, que levantaba los brazos al cielo, repitiendo sin cesar: «¡Qué dirá el señor prefecto!» Algunas mujeres,

entre ellas una nodriza de Orlanduccio, se arrancaban los cabellos y lanzaban gritos salvajes. Pero su ruidoso dolor producía menos impresión que la muda desesperación de un personaje que atraía todas las miradas. Era el desgraciado padre, que, yendo de un cadáver á otro, levantaba sus cabezas sucias de tierra, besaba sus labios cárdenos y sostenía sus miembros ya rígidos, como para evitarles las sacudidas del camino. A veces se le veía abrir la boca para hablar, pero no salía ni un grito, ni una palabra. Siempre con los ojos fijos en los cadáveres, se tropezaba con las piedras, con los árboles, con todos los obstáculos que encontraba.

Las lamentaciones de las mujeres y las imprecaciones de los hombres redoblaron cuando divisaron la casa de Orso. Habiendo osado algunos pastores rebbianistas lanzar una aclamación de triunfo, la indignación de sus adversarios no pudo contenerse.

—«¡Venganza! ¡venganza!» gritaron algunas voces.

Lanzaron piedras, y dos disparos de fusil dirigidos contra las ventanas de la sala donde se encontraban Colomba y sus huéspedes atravesaron las contraventanas é hicieron volar astillas de madera hasta sobre la mesa cerca de la cual estaban sentadas las dos mujeres.

Miss Lydia lanzó gritos espantosos, el coronel cogió un fusil, y Colomba, antes que él pudiese retenerla, se lanzó hacia la puerta de la casa y la abrió con impetuosidad. Allí, de pie sobre el umbral, con las dos manos extendidas para maldecir á sus enemigos:

—¡Cobardes! gritó, ¡tiráis sobre mujeres, sobre extranjeros! ¿Sois corsos? ¿sois hombres? ¡Miserables que sólo sabéis asesinar por detrás, avanzad! os desafío. Estoy sola; mi hermano

está lejos. Matadme, matad á mis huéspedes; eso es digno de vosotros... ¡No os atrevéis porque sois cobardes! sabéis que nosotros nos vengamos. ¡Id, id á llorar como mujeres, y dadnos gracias porque no os pedimos más sangre!

Había en la voz y en la actitud de Colomba algo de imponente y de terrible; á su vista, la multitud retrocedió espantada, como á la aparición de esas hadas malélicas de las que se cuentan en Córcega más de una espantosa historia en las veladas del invierno. El que había quedado de alcalde, los gendarmes y un cierto número de mujeres aprovecharon este movimiento para ponerse entre los dos partidos; porque los pastores rebbianistas preparaban ya sus armas, y por un momento se creyó que se iba á empeñar una lucha general en la plaza. Pero las dos facciones estaban privadas de sus jefes, y los corsos, disciplinados en sus furores, vienen raramente á las manos en ausencia de los principales autores de sus guerras intestinas. Por otra parte, Colomba, hecha prudente por el triunfo, contuvo á su pequeña guarnición:

—Dejad llorar á esas pobres gentes, decía; dejad á ese anciano llevar su carne. ¿Para qué matar á ese zorro viejo que no tiene ya dientes para morder?—¡Giudice Barricini! ¡acuérdate del dos de Agosto! ¡Acuérdate de la ensangrentada cartera donde escribiste con tu mano de falsario! Mi padre escribió en ella tu deuda; tus hijos la han pagado. ¡Yo te doy el finiquito, viejo Barricini!

Colomba, con los brazos cruzados, y la sonrisa del desprecio en los labios, vió llevar los cadáveres á la casa de sus enemigos, y disiparse la multitud lentamente. Cerró su puerta, y entrando en el comedor, dijo al coronel:

—Os pido perdón para mis compatriotas, ca-

ballero. Nunca hubiera creído que los corsos tirasen sobre una casa donde hay extranjeros, y estoy avergonzada de mi país.

Por la noche, habiéndose retirado miss Lydia á su habitación, la siguió su padre y le preguntó si no haría bien en salir al día siguiente de un pueblo donde se estaba expuesto á recibir una bala en la cabeza, y lo antes posible de un país donde no se veía más que crímenes y traiciones.

Miss Nevil estuvo algún tiempo sin responder, y era evidente que la proposición de su padre le causaba gran embarazo. Por fin dijo:

—¿Cómo podríamos abandonar á esta desgraciada joven en los momentos que tan necesitada está de consuelo? ¿No os parece, padre mío, que eso sería cruel para nosotros?

—Yo lo decía por ti, hija mía, contestó el coronel; y si te creyese segura en el hotel de Ajaccio, te confieso que me disgustaría abandonar esta maldita isla sin haber estrechado la mano á ese valiente della Rebbia.

—¡Pues bien! padre mío, esperemos aún, y, antes de partir, tengamos al menos la seguridad de que no podemos prestarle ningún servicio.

—Buen corazón, dijo el coronel besando á su hija en la frente. Me gusta verte así sacrificarte por dulcificar la desgracia de los demás. Quedémosnos; uno no se arrepiente nunca de haber hecho una buena acción.

Miss Lydia se agitaba en su lecho sin poder dormir. Tan pronto los vagos ruidos que oía le parecían los preparativos de un ataque contra la casa; otras veces, asegurada por sí misma, pensaba en el pobre herido, extendido probablemente á aquella hora sobre la fría tierra, sin otros socorros que los que podía esperar de la caridad de un bandido. Se lo representaba cubierto de sangre, luchando con sufrimientos terribles; y

lo que hay de singular, es que siempre que la imagen de Orso se presentaba á su espíritu, le aparecía tal como lo había visto en el momento de su partida, apretando sobre sus labios el talismán que ella le había dado... Después pensaba en su valor. Ella se decía que el peligro terrible de que acababa de escapar, había sido por su causa; por verla un poco antes, se había expuesto. Poco faltó para que se persuadiera de que por defenderla se había dejado Orso romper el brazo. Se reprochaba su herida, pero le admiraba más; y si el famoso doble golpe no tenía á sus ojos tanto mérito como á los de Brandolaccio y Colomba, encontraba sin embargo que pocos héroes de novela hubieran demostrado tanta intrepidez, tanta sangre fría en un tan gran peligro.

La habitación que ocupaba era la de Colomba.

Por encima de una especie de reclinatorio de roble, al lado de una palma bendita, estaba colgado de la pared un retrato en miniatura de Orso con el uniforme de alférez. Miss Nevil lo descolgó, lo observó largo tiempo, y lo puso cerca de su cama, en lugar de colgarlo donde estaba. No pudo dormirse hasta que apuntó el día, y el sol estaba ya muy elevado sobre el horizonte cuando despertó. Delante de su cama vió á Colomba, que esperaba inmóvil el momento en que abriese los ojos.

—¿Qué tal, señorita? ¿no estáis muy mal en nuestra pobre casa? le preguntó Colomba. Temo que hayáis dormido poco.

—¿Tenéis noticias de él, mi querida amiga? preguntó á su vez miss Nevil incorporándose.

Reparó en el retrato de Orso, y se apresuró á poner un pañuelo para ocultarlo.

—Sí, tengo noticias tuyas, dijo Colomba sonriendo. Y, cogiendo el retrato:

—¿Le encontráis parecido? El es mejor que está ahí.

—¡Dios mío!... dijo miss Nevil toda avergonzada, he descolgado... por distracción... ese retrato... Tengo el defecto de tocarlo todo... y de no arreglar nada... ¿Cómo está vuestro hermano?

—Bastante bien. Giocanto ha venido esta mañana antes de las cuatro. Me traía una carta... para vos, miss Lydia; Orso no me ha escrito á mí. Ha puesto en el sobre: A Colomba; pero más abajo: Para miss N... Las hermanas no somos celosas. Giocanto dice que ha sufrido mucho al escribir. Giocanto, que tiene una pluma soberbia, le ofreció escribir lo que le dictara. No quiso. Escribía con un lápiz, acostado de espalda. Brandolaccio aguantaba el papel. A cada instante mi hermano quería levantarse, y entonces, al menor movimiento, sentía en el brazo dolores atroces. Inspiraba piedad, dice Giocanto. He aquí su carta.

Miss Nevil la leyó, y estaba escrita en inglés, sin duda por exceso de precaución. Estaba concebida en los siguientes términos:

«Señorita:

»Una desgraciada fatalidad me ha impulsado; ignoro lo que dirán mis enemigos, y qué calumnias inventarán. Poco me importa, si vos, señorita, no le dais crédito. Desde que os vi, me mecí en sueños insensatos. Ha sido preciso ocurriese esta catástrofe para hacerme ver mi locura; ahora soy razonable. Sé cuál es el porvenir que me espera, y me encontrará resignado. Este anillo que me habéis dado y que yo creía un talismán de felicidad, no debo conservarlo. Temo, miss Nevil, que sintáis haber colocado tan mal vuestros dones; ó mejor dicho, temo que él me recuerde el tiempo en que estaba loco. Colomba

os lo entregará... Adiós, señorita, vais á abandonar la Córcega, y no os veré más; pero decid á mi hermana que aun tengo vuestra estima, que, lo digo con seguridad, la merezco siempre.

O. D. R.»

Miss Lydia se había vuelto para leer esta carta, y Colomba, que la observaba atentamente, le entregó el anillo egipcio preguntándole con la mirada lo que aquello significaba. Pero miss Lydia no osaba levantar la cabeza, y consideraba tristemente el anillo, que ponía en su dedo y retiraba alternativamente.

—Querida miss Nevil, dijo Colomba, ¿no puedo saber lo que os dice mi hermano? ¿Os habla de su estado?

—Pero... dijo miss Lydia enrojeciendo, no habla de eso... Su carta está en inglés... Me encarga diga á mi padre... Espera que el prefecto podrá arreglar...

Colomba, sonriendo con malicia, se sentó sobre la cama, cogió las dos manos de miss Nevil, y mirándola con sus ojos penetrantes:

—¿Seréis buena? le dijo. ¿No es verdad que responderéis á mi hermano? ¡Le haríais tanto bien! Por un momento pensé despertaros cuando llegó su carta, pero luego no me atreví.

—Habéis hecho muy mal, contestó miss Nevil, si una palabra mía pudiese...

—Ahora no puedo mandarle cartas. Ha llegado el prefecto, y Prietranera está llena de sus secuaces. Veremos más tarde. ¡Ah! si conocierais á mi hermano, miss Nevil, lo querríais como yo lo quiero... ¡Es tan bueno! ¡tan valiente! ¡pensad pues en lo que ha hecho! ¡Sólo contra dos y herido!

El prefecto había regresado. Instruido por un expreso del suplente alcalde, había venido acom-

pañado de gendarmes y tiradores, del procurador del rey, del escribano y demás, para instruir sobre la nueva y terrible catástrofe que complicaba, ó si se quiere, que terminaba las enemistades de las familias de Pietranera.

Poco después de su llegada, vió al coronel Nevil y á su hija, y no les ocultó que temía que el asunto tomase mal aspecto.

—Sabéis, dijo, que el combate no ha tenido testigos; y la reputación de destreza y valor de esos dos desgraciados jóvenes estaba tan bien establecida, que todo el mundo resiste á creer que el señor della Rebbia haya podido matarlos sin la ayuda de los bandidos con quienes según se dice se encuentra refugiado.

—Eso es imposible, exclamó el coronel; Orso della Rebbia es un joven de honor; respondo de él.

—Lo creo, dijo el prefecto, pero el procurador del rey (esos señores sospechan siempre) no me parece muy favorablemente dispuesto. Tiene en su poder una pieza peligrosa para vuestro amigo. Es una carta amenazadora dirigida á Orlanduccio, en la cual le da una cita... y esa cita le parece una emboscada.

—Ese Orlanduccio, dijo el coronel, rehusó batiarse como un hombre de honor.

—Aquí no es costumbre. Se embosca uno, y se mata por detrás, esta es la forma que usan. Hay una declaración que le favorece mucho; la de una niña que afirma haber oído cuatro detonaciones, cuyas dos últimas, más ruidosas que las otras, provenían de un arma de grueso calibre como el fusil del señor della Rebbia. Desgraciadamente esta niña es sobrina de uno de los bandidos que se supone cómplice, y tiene la lección aprendida.

—Caballero, interrumpió miss Lydia, enroje-

ciendo hasta el blanco de los ojos, nosotros veníamos de camino cuando fueron disparados los tiros, y hemos oído lo mismo.

—¿De veras? Eso es muy importante. ¿Y vos, coronel, habéis notado lo mismo?

—Sí, repuso vivamente miss Nevil; mi padre, que tiene el hábito de las armas, dijo: «Ese es el señor della Rebbia que tira con mi fusil».

—Y esos tiros que habéis reconocido, ¿fueron efectivamente los últimos?

—Los dos últimos, ¿no es verdad, padre mío?

El coronel no tenía buena memoria; pero no acostumbraba nunca á contradecir á su hija.

—Es necesario hablar de eso inmediatamente al procurador del rey, coronel. Por lo demás, esperamos esta tarde á un cirujano que examinará los cadáveres y comprobará si las heridas han sido hechas con el arma en cuestión.

—Yo soy quien lo dió á Orso, dijo el coronel, y quisiera haberlo tirado mejor al fondo del mar... Es decir... ¡el valiente joven! estoy contento de que lo tuviera, porque, sin mi Manton, no sé cómo hubiera podido escapar.

